

RELEYENDO EL UNDÉCIMO TOMO*

Mientras acopiaba materiales relativos a *La Edad de Oro*, de José Martí, con vistas a una edición que publicará el Fondo de Cultura Económica, y, en los ratos digamos libres, daba cuenta como podía del libro de Stephen W. Hawking, de título tan afín a Borges, *A brief history of time*¹, recibí la honrosa invitación que me ha traído aquí para participar en este homenaje a Alfonso Reyes en su centenario.

Mi devoción por el gran maestro mexicano, como saben algunos de ustedes, se remonta casi a mis primeros escauceos literarios: a lo largo de cuatro décadas lo he frecuentado con insistencia, provecho y deleite. Algo he escrito además sobre su poesía² y sus estudios literarios³, y a raíz de su muerte le consagré una fervorosa página⁴. Incluso me aventuré a presentar en conjunto su labor al frente de la primera edición cubana de textos suyos, que fueron ensayos, aparecida en 1968⁵; y no hace mucho he evocado a grandes rasgos mi relación con él⁶; para no extenderme

* Intervención en la mesa redonda sobre Alfonso Reyes con motivo de su centenario, la cual, organizada por El Colegio de México, tuvo lugar allí el 22 de mayo de 1989. El tomo a que hago referencia es el 11 de las *Obras completas* (FCE, México, 1960). Cuando cito de dicho tomo me limito a poner entre paréntesis o corchetes los números de las páginas en cuestión.

¹ S. HAWKING, *A brief history of time*, New York, 1988.

² ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR, "En torno a la obra poética de Alfonso Reyes", *Orig*, 1953, núm. 34.

³ R. FERNÁNDEZ RETAMAR, *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, 3ª ed., Era, México, 1977, *passim*.

⁴ Cf. "Avisos", *NRC*, 1960, núm. 2, 214-215. Apareció sin firma.

⁵ He publicado ese prólogo en periódicos (y lo recogeré en próximo libro) con el título "Reyes desde otra revolución".

⁶ Me refiero a "De Reyes y vasallos" y "Unas líneas sobre Reyes", que me fueron solicitados, respectivamente, para la *Revista Mexicana de Cultura*, suplemento del periódico *El Nacional*, y *La Gaceta de Cuba*, mayo de 1989.

en la mención de numerosos trabajos míos surgidos en diálogo con otros suyos que han sido y son para mí un estímulo, una incitación permanentes⁷. Ahora he vuelto a leer los materiales del undécimo tomo de sus *Obras completas*, con el propósito de señalar algo de lo mucho que sigue vivo en dichos materiales. La vara de apreciar me ha sido, inevitablemente, la actual situación latinoamericana y caribeña, y en general del planeta. Quiero pensar que a tal vara la acompañaron con fortuna las otras dos lecturas que ya estaba haciendo cuando regresé a Reyes. *La Edad de Oro* me recordaba que nuestros problemas de hoy tienen al menos un siglo (tal es la edad de *La Edad de Oro*), y que la firme posición anticolonialista que en todos los órdenes revela allí Martí, y su apertura voraz a la cultura mundial, son sólo dos de las muchas lecciones que nos da aquella obra que el héroe a quien Reyes consideró “supremo varón literario”⁸, “la más pasmosa organización literaria”⁹ consagró en primer lugar a la gente menuda, pero que también enseña y atrae a los mayores. Por su parte, *A brief history of time* me invitaba a asumir no ya el punto de vista de Sirio, como hubiera dicho el propio Reyes, sino el del *big bang* y los *black holes*.

Aunque fue azaroso, me ha parecido casi simbólico que haya regresado a Reyes, de alguna forma, a la luz de esas dos lecturas paralelas que inevitablemente establecían un contrapunto entre lo inmediato y lo remotísimo, lo urgente y lo especulativo. Pues si es cierto que somos criaturas del llamado tercer mundo (expresión que creo que Reyes no llegó a emplear, aunque empezó a ser usada en la década de los cincuenta), no es menos cierto que estamos situados en el Universo todo, y que tenemos perfecto derecho, para valernos de viejos términos de Max Scheler, a preguntarnos sobre el puesto del hombre en el cosmos. Ahora bien, Reyes advirtió:

Por descontado, el punto de vista de Sirio no podría servir de consejo inmediato a la política, y menos en época como la que ahora vivimos, cuando este despego de los impulsos defensivos podría fácilmente allanar el camino a las conquistas y a las infamias (p. 271).

⁷ Básteme citar *Calibán* (Diógenes, México, 1971 y numerosas ediciones posteriores).

⁸ *El deslinde* (1944) en *AROC*, t. 15, p. 255.

⁹ ALFONSO REYES, *Anecdótico*, pról. de Alicia Reyes, Era, México, 1968, p. 108.

El undécimo tomo de las *Obras completas* de Reyes fue el primero que él no llegó a ver publicado, pues falleció medio año antes de su aparición. Dicho tomo contiene tres libros: *Última Tule* (que había sido editado en México en 1942), *Tentativas y orientaciones* (editado aquí dos años después) y *No hay tal lugar...*, que sólo vio la luz en forma de libro en este tomo, aunque fragmentariamente había ido asomándose en varias publicaciones periódicas¹⁰. *Última Tule* y *Tentativas y orientaciones* los leí por primera vez a mediados de los cincuenta, y me causaron un fuerte impacto, de tal manera que cuando a principios de 1959 publiqué mi primera colaboración periodística después del triunfo revolucionario en Cuba, ella incluía líneas que eran una glosa de ideas de Reyes sustentadas en esos libros¹¹.

Buena parte de *Última Tule* trata de lo que Reyes llama “el presagio de América”, los sueños que conducen y acompañan a la llegada de los europeos al continente en que vivimos, mientras *No hay tal lugar...* está enteramente dedicado a la utopía, término en relación con el cual Reyes asume aquí la traducción española propuesta por Quevedo para el título del libro de Tomás Moro. Entre esas dos pinzas utópicas se recogen muchos de los más importantes trabajos de Reyes relativos al perfil fundamental de nuestra América, o a cuestiones ecuménicas abordadas desde la perspectiva de aquélla.

La utopía en Reyes, lejos de ser una palabra (una idea) peyorativa, es vista siempre como un desafío, como un proyecto que llama y aun obliga a su encarnación. Llega a decirnos que “las utopías, desde sus orígenes, se inclinan al socialismo” (p. 380). A propósito de esto, y aunque no me interesa en absoluto encasillar a Reyes, no puedo dejar de recordar la declaración con que termina su texto “Esta hora del mundo”, escrito hace ahora medio siglo, en 1939, perdida ya la guerra de España e iniciada la Segunda Guerra Mundial. Dijo entonces Reyes:

Cuando la violencia, la impudicia, la barbarie y la sangre se atreven a embanderarse como filosofías políticas, la duda no es posible

¹⁰ En la “Noticia” de *No hay tal lugar...* se dice que “las [notas] núms. 1, 2, 3, 4 y 5 se enviaron a la revista habanera *Bohemia* entre noviembre de 1955 y febrero de 1956, aunque nunca fue posible saber si todas se habían publicado” (p. 336). He revisado y hecho revisar todos los números de *Bohemia* publicados entre esas fechas, sin encontrar una sola colaboración de Reyes.

¹¹ Me refiero a “Orgullo de ser cubanos” que apareció en el periódico *Revolución* el 8 de enero de 1959 y recogí luego en mi libro *Papelaría*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1962.

un instante. Nuestro brazo para las izquierdas: cualesquiera sean sus errores en defecto o exceso sobre el lecho de Procusto de la verdad pura, ellas pugnan todavía por salvar el patrimonio de la dignidad humana, hoy tan desmedrado, hoy tan amenazado (p. 253).

Y en su "Discurso por Virgilio", de siete años antes, ya había postulado: "Quiero el latín para las izquierdas, porque no veo la ventaja de dejar caer conquistas ya alcanzadas" (p. 160).

Por otra parte, es evidente que en lo que toca a las utopías a Reyes le interesan sobre todo aquellas vinculadas de una u otra forma a América. Las páginas que les dedica son hermanas de las que en 1922 escribiera su entrañable Pedro Henríquez Ureña sobre "La utopía de América", donde el dominicano impugna "la era del capital disfrazado de liberalismo", pues "dentro de nuestra utopía, el hombre deberá llegar a ser plenamente humano" cuando deje "atrás los estorbos de la absurda organización económica en que estamos prisioneros"; en Europa, añade, "sólo una luz unifica a muchos espíritus: la luz de una utopía, reducida, es verdad, a simples soluciones económicas por el momento, pero utopía al fin, donde se vislumbra la única esperanza de paz entre el infierno social que atravesamos todos"¹².

He encontrado en el undécimo tomo más de veinte veces la expresión "nuestra América", que acuñó en el siglo pasado, para hablar de nuestros países, José Martí, cuya obra Reyes conocía bien, así que tal uso no deja lugar a la duda. A veces, las expresiones "América", o "las Américas" remiten en Reyes a la totalidad de nuestro continente, de un polo al otro. Pero incluso en algunos de estos casos se refieren sólo a la América Latina y el Caribe. De uno de los autores que han llamado la atención sobre este hecho, Jorge Mañach, nada sospechoso de radicalismo, quiero citar unas líneas que en 1950 publicó en *The New York Times Book Review* al comentar una traducción al inglés de trabajos de Reyes:

The peoples below the Rio Grande, and specially their intellectuals, have always resented the exclusiveness with which their Northern neighbors usurp the word "America". Reyes calmly retaliates —his "America" is chiefly the Hispanic one, and these essays aim at praising its traditions and defining its vocation¹³.

¹² PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, "La utopía de América" (1922), en *Ensayos en busca de nuestra expresión*, prólogos de Alfonso Reyes y Ezequiel Martínez Estrada, Raigal, Buenos Aires, 1952, pp. 23 y 26.

¹³ JORGE MAÑACH, "In praise of the other America", *The New York Times Book Review*, 22 de octubre de 1950.

Reyes señala y defiende con energía e inteligencia los rasgos distintivos, propios, de nuestra América, que tanto debe sin duda al mundo europeo, lo que él no se cansará de proclamar, pero que no se limita a repetir. Por eso, cita con simpatía a Montaigne, cuando éste se pregunta si no era “peor que comerse a sus semejantes el esclavizar y consumir, como lo hace el europeo, a las nueve décimas partes de la humanidad” (p. 59), y dice que “falta todavía saber si el ritmo europeo [...] es el único «tempo» histórico posible” (p. 83); y aún más, esta vez glosando a Toynbee, que la civilización occidental “para la vasta historia, no pasa de ser un capítulo y en modo alguno es una meta” (p. 237). Lo que complementa así:

Ni siquiera sabemos si la fórmula occidental será la que domine mañana. Creer otra cosa es aceptar como definitivo un error egocéntrico de corto alcance; es seguir perpetuando aquellas absurdas concepciones imperiales a cuyos ojos cuanto desborda de nuestro cuadro no es humanidad propiamente dicha, sino una vegetación o una fauna de “nativos” destinados al sacrificio (p. 282).

La mayoría de los textos de que vengo hablando fueron escritos en vísperas o en medio de la Segunda Guerra Mundial, época dramática que encontró en Reyes un comentarista tenso y lúcido, una de cuyas preocupaciones mayores era la tocante a cómo aquélla volcaba sobre nuestras tierras una enorme responsabilidad cultural. Es del todo innecesario que insista en esto precisamente en El Colegio de México, que fue antes la Casa de España en México y que nació para contribuir de modo luminoso a cumplir esa misión que Reyes estimaba que tempranamente, como suele ocurrir, había caído sobre hombros americanos. Que tal misión no implicaba en forma alguna el mero eco mimético lo dijo él en páginas inolvidables. Pienso, por ejemplo, en “Notas sobre la inteligencia americana” (1936), “Valor de la literatura hispanoamericana” (1941), “Para inaugurar los *Cuadernos Americanos*” (1941), “Posición de América” (1942) o “El hombre y su morada” (1943). En una nota añadida al primero de dichos trabajos recuerda Reyes que cuando en la reunión donde el texto fue leído él afirmó, al igual que el filósofo argentino Francisco Romero, que la nuestra era una cultura de síntesis,

ni él ni yo fuimos bien interpretados por los colegas de Europa, quienes creyeron que nos referíamos al resumen o compendio elemental de las conquistas europeas. Según esta interpretación ligera, la

síntesis sería un punto terminal. Y no: la síntesis es aquí un nuevo punto de partida, una estructura— es trascendente y contiene en sí novedades. H_2O no es sólo una junta de hidrógeno y oxígeno, sino que —además— es agua. La cantidad 3 no sólo es una suma de $1 + 2$ sino que además es lo que no son ni 1 ni 2. Esta capacidad de asomarse a la vez al incoherente panorama del mundo y establecer estructuras objetivas, que significan un paso más, encuentra, en la mente americana, un terreno fértil y abonado. Ante el americano medio, el europeo medio aparece siempre encerrado dentro de una muralla china, e irremediabilmente, como un provinciano del espíritu. Mientras no se percaten de ello y mientras no lo acepten modestamente, los europeos no habrán entendido a los americanos. No se trata de vulgares calificaciones entre lo que puede ser superior o inferior en sí mismo, sino de puntos de vista diferentes sobre la realidad (p. 88, nota).

En “Posición de América” insiste en que en aquella ocasión “no nos referíamos sólo a la tradición europea, sino a toda la herencia humana” (p. 265).

La fascinante prosa de Reyes y su verso mucho más complejo que lo que una lectura superficial puede hacer creer (recuerdo cómo entusiasmaba a Lezama Lima); su constante atención a raíces culturales irrenunciables, de la que son ejemplos hermosísimos sus cuantiosos trabajos dedicados a Grecia y a España; o su riguroso laboreo en el terreno de la teoría literaria, y desde luego su proverbial cortesía, han llevado a algunos a olvidar que Reyes supo enfrentar, con gran altura, cuestiones inmediatas. Así impugnó a Spengler (pp. 198 ss.), rechazó toda forma de fascismo (p. 242) y de racismo (pp. 242 ss.), y tampoco se quedó callado cuando se trataba de hablar del imperialismo, al que contempló a lo largo de la historia en “Atenea política” (1932) (pp. 189-191), y más cercanamente en “Un mundo organizado” (1943), donde afirmó:

El latinoamericano medio [...] cuando oye hablar de una organización cooperativa del mundo, tiende a imaginarse un Estado monstruo, regido por dos o tres Grandes Potencias omnímodas y resueltas a imponer sus decisiones en detrimento de los pueblos débiles. Y especialmente, ve aparecer el fantasma del imperialismo que alarga las manos por nuestras Américas (p. 327).

A esa luz adquieren pleno sentido las palabras suyas en que al enumerar los motivos de la guerra nos dice que “la desesperación de los pueblos oprimidos [...], la defensa de las sociedades

débiles, coloniales o semicoloniales, [...] es el único motivo de guerra justa" (p. 225); y aquellas otras en que explica: "Contra el nacionalismo de los actuales agresores, no hay más defensa que robustecer el propio nacionalismo —llamémoslo antinacionalismo en buena hora— aun para aquellos cuya filosofía ha superado ya este término" (p. 273).

El undécimo tomo, y no es el único que lo hace, nos muestra a un Reyes humanista en el más hondo y noble sentido de la palabra, un apasionado defensor de la libertad, un vocero de nuestra América, un intelectual que se sabe y se proclama al servicio de su pueblo, del pueblo; un hombre que mereció plenamente las palabras que a su muerte le dedicara Ezequiel Martínez Estrada, quien escribió entonces:

se le reprochó que consagrara más interés a los asuntos universales que a los conminatorios de su época y su país. Este y otros reproches que se desembozarán paulatinamente son inconsistentes, y hasta cierto punto de incomprensiva trivialidad. Toda la obra de Alfonso Reyes está sellada con caracteres representativos de su linaje¹⁴.

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR
Casa de las Américas

¹⁴ EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, "Homenaje a Alfonso Reyes", *CuA*, 1960, núm. 2, 21-22.